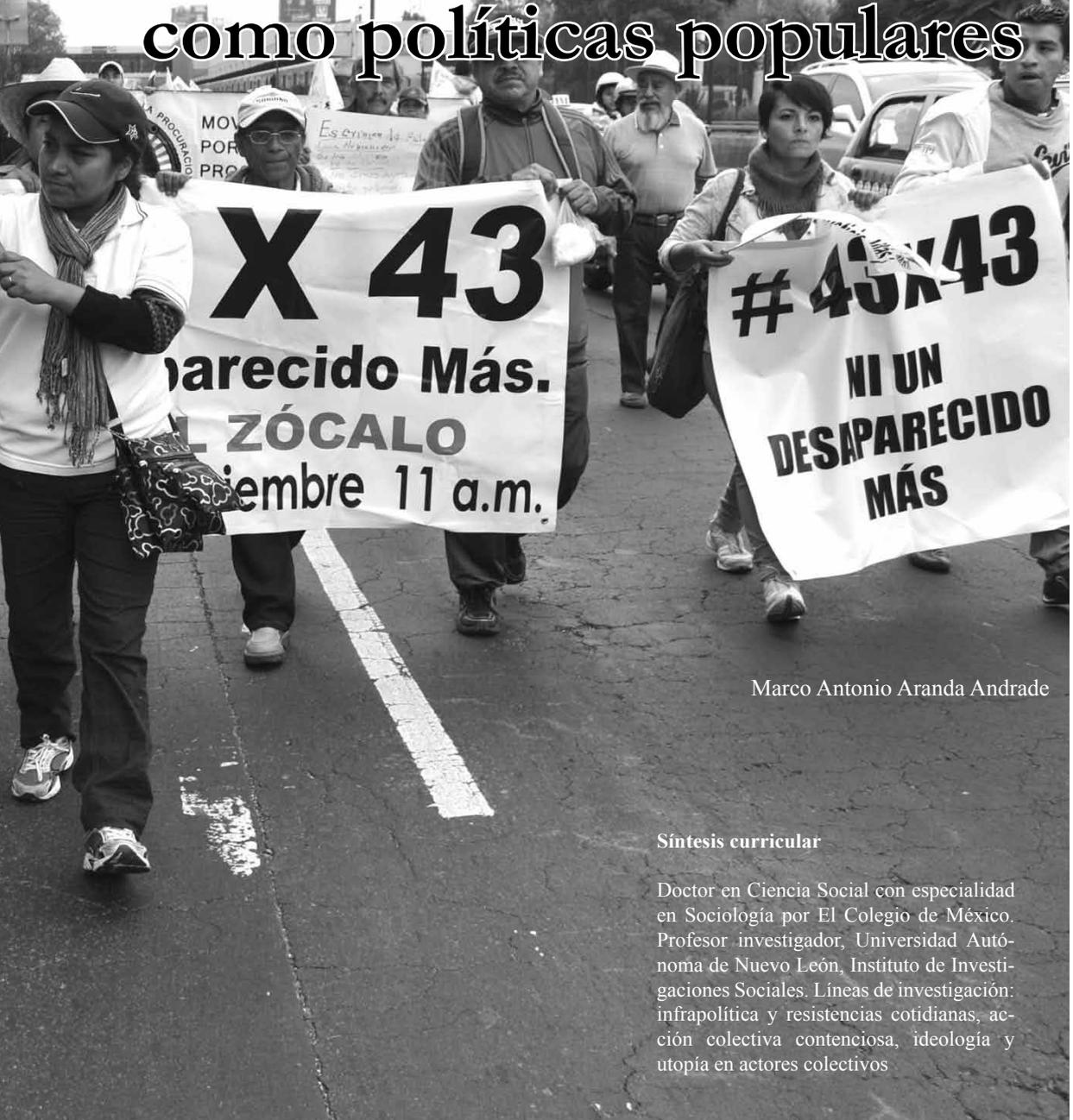


# El pueblo, los movimientos sociales y las resistencias diarias como políticas populares



Marco Antonio Aranda Andrade

## Síntesis curricular

Doctor en Ciencia Social con especialidad en Sociología por El Colegio de México. Profesor investigador, Universidad Autónoma de Nuevo León, Instituto de Investigaciones Sociales. Líneas de investigación: infrapolítica y resistencias cotidianas, acción colectiva contenciosa, ideología y utopía en actores colectivos

### **Resumen**

El vocablo pueblo se ha empleado muchas veces para designar a una entidad monolítica, armoniosa y lineal de la que parten esfuerzos de transformación radical como los movimientos sociales. En este artículo se verá que esa concepción opaca aspectos notables de lo que denominaremos como política popular. Señalaremos que el pueblo no es un punto de partida sino el producto de actos de gente que se reúne, plantea demandas y se organiza a partir de un sinfín de visiones de cambio e intereses moldeados por posiciones sociales de desventaja. La forma movimiento social es un resultado más de dichos esfuerzos colectivos. La relevancia que hoy cobra es central frente la crisis social y ecológica producida por el capitalismo.

**Palabras clave:** pueblo, movimientos sociales, política popular.

### **Abstract**

The word people has been used many times to designate a monolithic, harmonious and linear entity from which radical transformation efforts like social movements start. In this article, we will show that this conception obscures remarkable aspects of what we will call popular politics. We will point out that the people are not a point of departure but the product of acts of persons who meet, raise demands and organize themselves from a myriad of visions of change, and interests shaped by disadvantaged social positions. The social movement form is just another result of these collective efforts. The relevance that we can give it today is central to face the social and ecological crisis produced by capitalism.

**Keywords:** People, social movements, popular politics.

## ¿Qué o quiénes son el pueblo?

Como es conocido, la mayoría de los estados en la actualidad posee constituciones en las que se especifican las leyes con las que se ejercen el poder y la autoridad (Markoff, 1996). Gran parte de ellas también presumen que son democráticas, lo cual supone más o menos la idea de que es el pueblo el que se gobierna a sí mismo (Brown, 2011). Más allá de especificar las formas que puede tomar ese gobierno (vía los parlamentos, las monarquías, las repúblicas, los partidos, la representación o la participación directa), lo que yace en el fondo de todas esas leyes escritas es que la legitimidad del poder –sus orígenes y justificación– reside en un principio inmutable: “Dios, la tradición, la historia o que se asienta en el pueblo” (Markoff, 1996: p. 38).

Pero, ¿qué es el pueblo?, ¿a quiénes incluye? Se sabe que una de las constantes de las repúblicas y las democracias modernas son el miedo que se tiene a la gente pobre, al pueblo y sus costumbres (Ranciere, 2006). A pesar de que las constituciones señalen que la soberanía reside en el pueblo, la forma de gobernar en realidad está destinada a prote-

ger las propiedades, sobre todo de aquellos que más poseen. La obsesión de carácter liberal por el imperio de la ley y el orden está siempre justificada por la concepción que se tiene de ese ejército de pobres que se percibe como una amenaza a las propiedades. Desde Thomas Hobbes hacia acá, los pensadores europeos y norteamericanos –en su mayoría blancos, propietarios y heterosexuales– han buscado unificar a los pobres en un cuerpo político, cuyo rasgo central sea que posee una supuesta sola voluntad, la cual puede ser representada por una sola persona o un grupo minoritario. Por supuesto, esos intentos de unificación movilizan y exaltan siempre sentimientos nacionalistas, raciales o generacionales ilusorios. Como señalan Michael Hardt y Antonio Negri (2011), esa trampa de la representación supone que esos pocos ricos propietarios representan a toda la sociedad bajo el interés de preservar la propiedad privada y la acumulación de capital sin límites.

Contra estas concepciones se pueden hallar otras formas distintas y más enriquecedoras de pensar al pueblo o a los pueblos, según veremos, con el propósito de entender a los movimientos sociales como una

forma organizada que construyen éstos. Hemos dicho ya que, usualmente, decir “el pueblo” conlleva de entrada un acto de exclusión: el pueblo no han sido históricamente las y los esclavos, los y las niñas o las y los extranjeros, desde la perspectiva de los propietarios republicanos. Sin embargo, por otra parte, tampoco podemos sostener que “el pueblo” es el de los libros canónicos, el proletariado, los y las excluidas o alguna entidad mítica, uniforme e indivisible que tenga una clara voluntad, misión o papel en la historia (el de la emancipación, por ejemplo), ya que las sociedades están atravesadas por profundas asimetrías de poder, aun en sus estratos más bajos. Proponemos, mejor, que es más realista sostener que “el pueblo” es siempre el resultado de un proceso político en marcha, no un punto de partida. El pueblo sería entonces una serie de actos políticos en devenir, el resultado específico de desarrollos sociales, materiales y políticos (Bosteels, 2016). Y si en la sociedad existe un gran cúmulo de divisiones marcadas por el género, la clase, la nacionalidad, la etnia o la generación, será mejor decir que el pueblo único e indivisible no existe, sino que hay muchos pueblos que

resultan de esos procesos de articulación política, de apariciones, presencias y demandas.

Si entendemos que debemos desconfiar de la palabra “pueblo” cuando esté acompañada de adjetivos que de manera ilusoria refieran a la nacionalidad o a una identidad mítica –el pueblo noble de México–, o cuando se le entienda como un conjunto de átomos individuales, cuya única misión es votar (Badiou, 2016), podemos entonces movernos a entender que el pueblo es el resultado de un acto de autodesignación de gente oprimida, excluida o que tiene negados los derechos que han sido el logro de innumerables luchas a lo largo de la historia. Este autodesignarse como el pueblo no es sólo un acto de habla, sino un acto inicial de reunirse, de congregarse. Las demandas y reclamos de la gente excluida sólo pueden emerger una vez la gente se reúne, habla y señala lo que se requiere para sobrevivir, trabajar o vivir dignamente (Butler, 2016).

En efecto, como personas marginalizadas, vulneradas, estigmatizadas y excluidas, que ocupan distintas posiciones sociales que de suyo presentan asimetrías de género o generacionales en la pareja, la

familia, la escuela, el empleo o la ciudadanía, por mencionar algunas; esas personas mantienen intereses y objetivos diversos, que están más o menos conformados por los contextos y situaciones de subordinación en los que (sobre) viven. Frente a los agravios y a los daños que son infligidos cotidianamente o que se sufren como producto de la historia, esas personas no se pueden simplemente reunir y asumirse como una totalidad homogénea, uniforme, motor de transformación histórica, sino que necesitan vincularse en torno a algo insatisfecho que los articule frente al dolor, la privación, la rabia o la indignación. Esas personas reunidas no son una expresión ideológica, sino una relación real entre gente que llega a constituir una unidad grupal transitoria y contingente, en la medida en que tiene distintas demandas (Laclau, 2005). La insensibilidad de un poder que produce, acentúa o ignora las causas que generan esos reclamos, ayuda a que la gente se articule frente a la identificación de ese enemigo o adversario que impide una especie de armonía social que se concibe, por el grupo, como realizable (Laclau, 2005). La gente reunida que se autodesigna



Archivo fotográfico CCH

como pueblo no puede entonces contemplar que el adversario o el enemigo que produce el agravio sea parte de él.

Es necesario señalar que cuando el sistema dominante absorbe una o varias demandas específicas que están incluidas en esa formación popular, la unidad del pueblo reunido se ve en peligro. Como señala Ernesto Laclau, si la demanda se absorbe y la frontera con el adversario desaparece –porque algunos actores y actrices que conforman la unidad popular vean ya satisfecho su reclamo y sean proclives a la desmovilización–, el pueblo tiende a desintegrarse. Pero la fragilidad



Archivo fotográfico CCH

procesos de exclusión (Dussel, 2006). La voluntad de vivir dignamente es, para Dussel, fuente de creación de algo nuevo.

En la literatura sobre las irrupciones populares, de suyo bastante extensa, han surgido formas de caracterizar los episodios de lucha que las acciones del pueblo pueden conformar. Para propósitos de este texto, de manera sesgada diremos que existen tres grandes formas históricas que las acciones de los pueblos pueden cobrar: la *resistencia*, la *rebelión* y la *revolución*. En breve, señalamos que la *resistencia* son acciones tácticas de carácter defensivo, abiertas u ocultas a los ojos del poder, que

del pueblo como construcción popular puede asimismo sostenerse mediante la solidaridad y la visión de un futuro distinto que se entrevé como posible (Dussel, 2006). Una vez que se articulan las distintas reivindicaciones, surgen las estrategias y tácticas de acción organizada que persiguen esas visiones y tareas a través del empleo de concepciones y prácticas alternativas a los

no buscan generalmente socavar de raíz las relaciones de dominación, esto debido a las posiciones de desventaja social de quienes las sufren en situaciones de exclusión, estigmatización o uso conveniente por los grupos dominantes (Aranda, 2017; Scott, 2009). Igual de importante en el campo de las luchas resulta la *rebelión*, caracterizada por actos abiertos, que quieren reivindi-

car o reparar agravios o daños específicos que, asimismo, no buscan la mayoría de las veces cambiar de fondo las estructuras sociales o las normas y valores predominantes (Selbin, 2010). En la *revolución*, último de los tres episodios, la *resistencia* y la *rebelión* están presentes. Sin embargo, la diferencia con las dos formas previas es notable. Al enfrentar las exigencias insoportables de la vida diaria, al presentar demandas de justicia y al estar guiada por dinámicas de esperanza, anota Selbin, la gente actúa colectivamente para transformar de manera radical su mundo, las condiciones materiales e ideológicas de su vida diaria, las condiciones de posibilidad de la dominación.

Dentro de estos tres episodios de lucha, vale la pena preguntarse cómo es que los pueblos mantienen su unidad frente a las amenazas constantes de desarticulación, qué logran, cuáles son los avances más amplios o profundos en los procesos de transformación que logran desencadenar. Una de las respuestas que surgen en la era moderna es la forma de movimiento social, una de las tantas expresiones organizadas de los pueblos de la que nos ocuparemos a continuación para

valorar su importancia política.

### **Los movimientos sociales como parte de la política popular**

El empuje de los pueblos, a través de las resistencias diarias, las rebeliones y las revoluciones, muestra patrones organizativos que emergen de actividades, cuya reiteración conforma distintos tipos de acción colectiva. Las acciones organizativas de la gente que toma parte de la vida social rutinaria, a menudo conforma patrones de interacción que resultan en desafíos abiertos a los poderosos (Tilly, 2008). El tránsito de la vida oculta a los ojos del poder a la participación pública, en donde se elaboran demandas que se presentan en desafíos colectivos abiertos, a quienes producen las condiciones de dominación, va conformando varias pautas del actuar colectivo del pueblo organizado. El paso de actos tácticos de confrontación, huida o empleo a conveniencia de contactos ventajosos con quienes oprimen, propios de las resistencias diarias, a formas sostenidas de acción, posibilita la construcción de estructuras de sostén de los emprendimientos colectivos de la gente organizada. En la medida en que

la gente se reúne, plantea demandas y se organiza para empujarlas, se van creando relaciones de solidaridad entre personas que llegan a identificarse o simpatizar con las causas de los pueblos organizados. La articulación entre personas y grupos empieza a expandirse en torno a ciertos reclamos que se presentan o persiguen mediante distintas formas de acción (repertorios): bloqueo de calles u oficinas, marchas, mítines, plantones, levantamiento de firmas, interlocución con organismos o agentes estatales, caravanas solidarias...

En este camino, las redes sociales del pueblo crecen en la medida en que se suma más gente a contribuir a los desafíos. La vivencia de la solidaridad y la participación en estas alianzas conforman sentidos de pertenencia que construirán identidades indispensables para sostener la acción colectiva ahora bajo la forma de movimiento social (Tarrow, 2004). Además de interactuar directa o indirectamente con élites de poder, oponentes y actores estatales de manera sostenida (Tarrow, 2004), los movimientos sociales también pueden abrir otros frentes de acción más amplios en la medida en que continúan poniendo en

juego orientaciones valorativas en campos de posibilidades y límites al actuar colectivo (Melucci, 1999). En cuanto frentes de lucha más extensos, las acciones de los movimientos sociales muchas veces van más allá de los conflictos con el sistema político-estatal, situándose en el cuestionamiento y confrontación a los sistemas históricos de dominación que ciñen la vida de las personas; el sistema capitalista es un ejemplo claro.

En la medida en que los movimientos sociales entran en relación con otras formas de lucha popular, como las guerrillas, la política sindical o el activismo transnacional, por señalar algunos ejemplos, las posibilidades de transformación de las divisiones profundas de la sociedad aumentan, sobre todo en situaciones profundas de crisis de estabilidad y división en las élites de poder, en entornos en los cuales juegan factores de carácter estructural más amplios (crisis financieras o intervenciones militares, por indicar algunos). Cuando se conjugan estas condiciones, el paso de la resistencia diaria a la revolución popular es un hecho bastante probable. Los campos de posibilidad que entonces se abren ofrecen nuevos

horizontes que el pueblo organizado puede seguir en distintas direcciones. En este panorama, decir si los movimientos sociales fracasan o son exitosos, tema de bastantes escritos en el campo académico, no resulta muy útil en la medida en que reduce la complejidad de los hechos a posiciones burdas que se limitan a palomear indicadores sobre éxito o fracaso a la manera en que se hace en las listas de tareas o pendientes.

Si bien resulta entonces absurdo limitar el "éxito" de los movimientos a indicadores como su incidencia en la formulación de políticas públicas, por ejemplo, ejercicio que muchas veces ignora otros "éxitos" como la politización de sus integrantes, se tiene necesariamente que considerar el horizonte que estas formas de política popular pueden mostrar de cara al abatimiento de las relaciones de dominio que afectan a la enorme mayoría de las personas en un planeta amenazado por los efectos sociales y climáticos del capitalismo. Como han señalado Hardt y Mezzadra (2017), la actividad política de la gente organizada se va acumulando esfuerzo tras esfuerzo, acoplándose en el momento en que sus demandas

*En la medida en que la gente se reúne, plantea demandas y se organiza para empujarlas, se van creando relaciones de solidaridad entre personas que llegan a identificarse o simpatizar con las causas de los pueblos organizados. La articulación entre personas y grupos empieza a expandirse en torno a ciertos reclamos que se presentan o persiguen mediante distintas formas de acción (repertorios): bloqueo de calles u oficinas, marchas, mítines, plantones, levantamiento de firmas, interlocución con organismos o agentes estatales, caravanas solidarias...*

poco relacionadas entre sí se articulan para conformar instituciones basadas en la cooperación y la lucha organizada contra la explotación y el despojo.

### **Consideraciones finales**

Se ha optado aquí por emplear el término pueblo y no sociedad civil o ciudadanía, dado el uso liberal preva-  
leciente de estas nociones que

arrinconan a las diferencias y tensiones sociales a la esfera jurídica o institucional de las democracias liberales, en claro detrimento del reconocimiento de las articulaciones populares que persiguen cambios sistémicos. Esto que hemos denominado política popular (Olson, 2016), formas contingentes e intercambiables de articulación política que resultan de los pueblos organizados, tiene en la forma movimiento social una posibilidad potente de transformación, de cara al abatimiento de las desigualdades producidas por el capitalismo. Y si bien es cierto que la articulación popular puede dar forma a movimientos conservadores o reaccionarios, como ilustra la ola reciente de colectividades racistas o nacionalistas que cubren zonas importantes en el mundo, también lo es el que la mayoría de los movimientos sociales presenta demandas por vidas dignas de vivirse en contra de la injusticia, la desigualdad y por el reconocimiento y la democratización que el sistema de relaciones imperante niega o administra a conveniencia.

## Mesografía

- Aranda, M. (2017). Infrapolítica. Una propuesta para la comprensión y explicación de las resistencias cotidianas en y para el movimiento social en M. A. Ramírez (coord.). *Movimientos sociales en México. Apuntes teóricos y estudios de caso*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Red Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales-Colofón.
- Badiou, A. (2016). Twenty-Four Notes on the Uses of the Word "People", en Badiou, A. et al. *Whats is a People?* Nueva York: Columbia University Press.
- Bosteels, B. (2016). This People Which Is Not One, en Badiou, A. et al., *Whats is a People?* Nueva York: Columbia University Press.
- Brown, W. (2011). We Are All Democrats Now..., en Agamben, G. et al., *Democracy in What State*. Nueva York: Columbia University Press.
- Butler, J. (2016). We, the People: Thoughts on Freedom of Assembly, en Badiou, A. et al. *Whats is a People?* Nueva York: Columbia University Press.
- Dussel, E. (2006). *20 tesis de política*. México: Centro de Cooperación Regional para la Educación de Adultos en América Latina y el Caribe-Siglo XXI.

- Hardt, M. y Mezzadra, A. (2017). October! To Commemorate the Future. *The South Atlantic Quarterly*, 116 (4), pp. 649-668.
- Hardt, M. y Negri, A. (2011). *Commonwealth. El proyecto de una revolución del común*. Madrid: Akal.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Markoff, J. (1996). *Olas de democracia. Movimientos sociales y cambio político*. Madrid: Tecnos.
- Melucci, A. (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México: El Colegio de México.
- Olson, K. (2016). Fragile Collectivities, Imagined Sovereignities. En Badiou, A. et al., *Whats is a People?* Nueva York: Columbia University Press.
- Ranciere, J. (2006). *El odio a la democracia*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Scott, J. (2009). *The art of not being governed. An anarchist history of upland southeast Asia*. New Haven: Yale University Press.
- Selbin, E. (2010). *Revolution, rebellion, resistance. The power of history*. Nueva York: Zed books.
- Tarrow, S. (2004). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.
- Tilly, Ch. (2008). *Contentious performances*. Nueva York: Cambridge University Press.